

La inmortalidad del alma humana según Antonio Millán-Puelles

Gerardo TRUJILLO-CAÑELLAS

UN SENDERO INTERRUMPIDO

El pasado 22 de marzo se cumplió el tercer aniversario de la muerte del filósofo Antonio Millán-Puelles, aparece la edición de su obra póstuma: *La inmortalidad del alma humana*. Presentada en la sede de la Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas, en Madrid, el pasado lunes 21 de abril, en esta como en otras ocasiones Millán-Puelles nos muestra una nueva y profunda reflexión: «siempre que ha tomado la pluma ha sido para ofrecer *una novedad*, ya sea por la temática tratada o por la perspectiva adoptada; y ello dentro de un amplísimo abanico de intereses que abarca desde la metafísica a la antropología y desde la estética a la economía, desarrollados siempre con diafanidad de conceptos y estilo sugestivo»¹.

El motivo fundamental de su reflexión era el hombre, como lo expresa el Prof. Villagrasa: «Quizá el motivo inspirador que le movía a filosofar era el hombre. El interés de Millán-Puelles por el ente ideal, por la apariencia, por el objeto en cuanto objeto, por la consistencia del *logos*, es en él algo inicial y originario, pero ordenado a la cuestión clave: ¿cómo es posible que el hombre haga mal uso de su libertad?, ¿cómo salvar la libertad? La filosofía busca respuestas últimas. Millán-Puelles las ha buscado con tesón. La tarea del filósofo es demasiado amplia para una vida cuyos senderos siempre son interrumpidos. En la última conversación que tuve con él, cuatro meses antes de su muerte, me desarrolló desde su lecho de enfermo el esquema de una obra sobre la inmortalidad del

¹ G. DÍAZ, *Hombres y documentos de la filosofía Española*, M-N-Ψ, Vol. V, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1995, 507.

alma que debió interrumpir cuando comenzaba a exponer el pensamiento de Shelling. Esta obra es ya un «sendero interrumpido»².

LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA OBRA

Parece una coincidencia que en sus últimos días se haya ocupado sobre el tema de la inmortalidad del alma. Pero no es un tema que vaya alejado del hilo de su pensar filosófico. Su vida intelectual transcurre en un horizonte metafísico de donde brota una reflexión cabal sobre el hombre. Se podría afirmar que la cota metafísica de un pensamiento filosófico muestra la profundidad y alcance de tal pensamiento, es el caso del nuestro.

Es una pena que no contemos con el final de la obra donde se esperaba la opinión de nuestro autor sobre el mismo. Pero es una suerte que tengamos esta presentación del tema, que ofrece un contenido pleno en sí, así como ese acurado estudio de los términos que intervienen, aun sabiendo que no disponía de mucho tiempo no cejó en su escrupulosa labor, como expresó el Prof. Llano en la presentación: «miraba la verdad cara a cara con amor».

A lo largo de los primeros capítulos, donde realiza un incisivo estudio de los términos que delimitan la cuestión puede adivinarse quizá las líneas por donde discurría su postura frente al problema.

La siguiente parte de la obra la realiza en un franco diálogo con grandes pensadores que se ocuparon del tema, desde la antigüedad hasta Fichte.

El hilo de reflexión de su obra, muestra cercanía con estructura de la subjetividad. De hecho en la introducción de *La Inmortalidad del alma humana* remite a su estudio antropológico de la estructura de la subjetividad³. La conciencia y la subjetividad, la trascendencia e intimidad no son contrarias, ni contrapuestas. La realidad completa y primaria es el ser humano, y el alma como forma sustancial del cuerpo funda a la vez la intimidad y la trascendencia, la apertura al mundo.

² VILLAGRASA, J., «Karol Wojtyła y Antonio Millán-Puelles, filósofos», *Revista Arbil*, núm. 97 en www.arbil.org/arbi-d97.htm (23 junio 2008).

³ Cf. MILLÁN-PUELLES, A., *La inmortalidad del alma humana*, Rialp, Madrid, 2008. 28, 29.

ESTRUCTURA DE LA OBRA

Claves conceptuales de la inmortalidad del alma humana.

- I. Las tres primeras claves conceptuales. 1. La idea de la vida. 2. El concepto de la muerte. 3. La noción de la inmortalidad.
- II. El concepto del hombre. 1. Consideraciones nominales. 2. Definición esencial metafísica. 3. Definición esencial física. 4. Definiciones descriptivas. 5. Definiciones extrínsecas.
- III. La noción general de alma. 1. Etimología y sinonimias. 2. La idea general del alma (= psique) en el pensamiento aristotélico. 3. El comentario Aquinatense.
- IV. La noción específica del alma humana. 1. Definición del alma humana por Aristóteles y Santo Tomás. 2. La noción Kantiana del alma. 3. El alma humana y el Yo. 4. Las facultades superiores del alma humana.
- V. ¿Es incorrecta la fórmula «inmortalidad del alma humana»? 1. Primera exposición. 2. Segunda exposición. 3. Tercera exposición.
- VI. Los argumentos deficientes. 1. Los razonamientos de Platón. 2. Las explicaciones de Cicerón y de Séneca. 3. La posición de Plotino. 4. Los argumentos de San Agustín en los soliloquios. 5. El argumento basado en la concepción del hombre como imagen y semejanza de Dios (Especial referencia a las fórmulas coincidentes de Casiodoro y Rábano Mauro). 6. Un argumento de Gómez Pereira. 7. Las razones de Descartes. 8. La interpretación de Spinoza. 9. La explicación de Leibniz. 10. El raciocinio de Locke. 11. El argumento de Berkeley. 12. El razonamiento de Wolff. 13. La prueba de Kant. 14. La posición de Fichte.

REFLEXIONES SOBRE EL TEMA A MODO DE CONCLUSIÓN

Es un tema que no ha perdido actualidad alguna, incluso en actuales *Best-Seller* sobre el tema se adivina la penuria intelectual de nuestra época. Se palpa la necesidad de rigor y hondura, la exigencia de un fundamento.

La inmortalidad del alma remite, sin duda, al hombre: a su concepción. Es hoy una exigencia el planteamiento de tales cuestiones en medio de un divagar y una suerte de retracción general del pensamiento⁴. La dualidad en la cual se entiende al hombre lleva a perder su unidad substancial. En este aspecto, la sustancia se ve como un concepto a abatir y como un reflujo de un pensamiento arcaico y estático que no da cuenta de la realidad del hombre. Se acusa incluso a enfrentar al hombre con categorías físicas, no con categorías propias de él.

Dentro de la dificultad que presenta la filosofía actual frente a la inmortalidad del alma, se halla en primer lugar una *tendencia naturalista*. Resulta arduo pensar algo que no tenga una consistencia material. Tendemos por nuestra imaginación y forma de conocer a reificar el conocimiento. El naturalismo comprende el conocimiento como una traslación de contenidos externos a un recinto interno al que llamamos mente. No es la subjetividad una cosa, pero posee una índole reiforme⁵, lo que posibilita que sea afectada —la subjetividad— de una manera física por condiciones o agentes materiales. Desconocer esto lleva a una cosificación de la mente. O lo conocido por la «falacia del homúnculo»: suponer que dentro de esa cosa grande que es el cuerpo hay una pequeña que es la mente, la cual transmite sus órdenes a la cosa grande. Esto no lleva más que hacia aporías. Este naturalismo en su vertiente *materialista* sólo alcanzará a concebir el espíritu a suerte de epifenómeno de la materia, de sus procesos físicos y psíquicos. Es conocida la frase de Karl Vogt: «el cerebro humano segrega pensamientos como el estómago jugo gástrico, el hígado bilis y el riñón orina».

Se desconoce el radical dinamismo de la naturaleza como principio de actividades específicas, cayendo así en un rígido sustancialismo, incapaz de rendir cuenta de algunas manifestaciones específicas de la vida humana: la historia y la libertad. Muchas veces en la crítica hecha a la concepción clásica de la sustancia, se le atribuye a ésta un estaticismo, que no le corresponde. Se pudiera decir que se forja de ella un fantasma que no es el y al cual se ataca. Se desconoce que todas las autodeterminaciones del ser humano son, por mucho que se diferencien entre sí, autodeterminaciones realizadas por uno y el mismo ser⁶.

⁴ Cf. POLO, L., *Presente y futuro del hombre*, Rialp, Madrid, 1993. 63.

⁵ Cf. MILLÁN-PUELLES, A., *La estructura de la subjetividad*, Rialp, Madrid, 1967, 66-67.

⁶ Cf. MILLÁN-PUELLES, A., *La estructura de la subjetividad...*, 301; id., *Sobre el hombre y la sociedad*, Rialp, Madrid, 1976, 33-54; y LLANO, A., «Objetividad y libertad», en *Anuario Filosófico*, vol. XXVII/2 (1994), 239.

En una *postura platónica y racionalista* podríamos pensar que al hablar del alma humana se mueve en su elemento. Pero la carencia que presenta es el problema de la unidad del ser humano, la dicotomía materia y espíritu se muestra irresoluta.

Sin un pensar con cotas de fundamento no se podrá salir de una suerte de laberinto fragmentario del saber. La armonía del saber será una mera yuxtaposición e igualación. Esta igualación empujará al relativismo, consecuencia lógica de una igualación sin criterio, donde se afirma a un tiempo algo y su contrario. Este es parte del drama de la falta de sentido del hombre hodierno, y su indefensión intelectual y práctica. Millán-Puelles ofrece una antropología equilibrada y permanente, con hondura metafísica, donde da cuenta de la unidad psico-somática del ser humano y la inmortalidad del alma humana. Esa unidad sustancial del hombre, que forja su naturaleza y es el principio del dinamismo. Sorteas así, con éxito, las aporías y reduccionismos de muchas antropologías actuales que reifican en su reflexión la realidad humana⁷.

En este libro, como en la obra del autor, late un «*bios theorétikos*», una vida entregada a la reflexión filosófica y a la búsqueda de la verdad. La filosofía en él era vida. Su reflexión es una invitación a la experiencia del pensar, como lo expresa Zubiri:

«En todo hombre, la filosofía es cosa que ha de fabricarse por un esfuerzo personal. No se trata de que cada cual haya de comenzar en cero o inventar un sistema propio. Todo lo contrario. Precisamente, por tratarse de un saber radical y último, la filosofía se halla montada, más que otro saber alguno, sobre una tradición. De lo que se trata es que, aun admitiendo filosofías ya hechas, esta adscripción sea resultado de un esfuerzo personal, de una auténtica vida intelectual. Lo demás es brillante “aprendizaje” de libros o espléndida confección de lecciones magistrales»⁸.

La tarea de admirarse ante los portentos y de empeñarse en descifrar los enigmas que acompañan la condición humana, es la superación de la amenaza de muerte del oficio de pensar, de no acercarse con sosiego a las verdades últimas y conformarse con el convencionalismo superficial y unificador.

⁷ Cf. LLANO, A., «Mi querido maestro», en A. MILLÁN-PUELLES, *La inmortalidad del alma...*, 22-24.

⁸ ZUBIRI, X., «Nuestra situación intelectual», *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza editorial, Madrid, 1987, 52.

Se advierte ese verdadero *eros filosófico*, en nuestro autor, reflejo de la necesidad innata de conocer del hombre, su capacidad de conocer no sólo como una facultad sino como tendencia a operar el conocimiento⁹.

⁹ Cf. MILLAN-PUELLES, A., *El interés por la verdad*, Rialp, Madrid, 1997, 70-79.